

TESTIMONIA ANTIQUA HISPANIAE

Testimonia Antiqua Hispaniae

PEDRO LÓPEZ BARJA DE QUIROGA

Depto. de Historia I. Universidad de Santiago de Compostela.

RESUMEN: P. López Barja analiza el estado actual de otro proyecto de carácter global, en este caso sobre las fuentes textuales antiguas. Los nuevos criterios establecidos para la reedición de estos documentos le da pie para analizar los condicionantes que conforman la imagen mental del espacio expresado a través de dichos documentos. Se centra en particular en el estudio de las representaciones geográficas que contiene la obra de César en cuanto que reflejan la concepción topográfica del poder y una concepción del espacio mediatizada por las necesidades de abastecimiento del ejército.

ABSTRACT: The paper of P. López Barja is also based on a global project mainly based on literary evidence: *Testimonia Antiqua Hispaniae*. The new criteria established to the edition of these documents gives way to pinpoint the factors determining the mental image of the space that appear in these documents. He focusses particularly on the geographical representations of Caesar's work as they reveal both, the topographical conception of power and an idea of the space deformed by needs derived from the army's supply.

I. TESTIMONIA ANTIQUA HISPANIAE.

El proyecto *Testimonia Antiqua Hispaniae*, que ahora presento aquí, es, naturalmente, obra de un amplio colectivo de profesionales, que han dedicado a él tiempo y esfuerzos. Quiero, en consecuencia, que mis afirmaciones, en esta primera parte de mi exposición, sean escuchadas como las de un portavoz que sintetiza una suma de aportaciones individuales.

Impulsado por el Dpto. de Historia Antigua de la Universidad Complutense, y codirigido por los profesores Julio Mangas y Domingo Plácido, nuestro proyecto pretende, básicamente, agrupar todas las referencias de los textos literarios a la Península Ibérica durante la Antigüedad, entendida ésta hasta la invasión musulmana del 711. Aspira de este modo a proporcionar un instrumento de trabajo útil para varias generaciones de historiadores. A esta tarea, y gracias a la financiación recibida de la DGICYT, se ha podido convocar a un elevado número, en torno a un centenar, de filólogos e historiadores de distintas universidades españolas. Dos equipos sucesivos de becarios se han ido ocupando hasta la fecha de centralizar la información recibida: estuvo formado el primero por Estela García Fernández, José Antonio Berenguer, Rebeca Rubio y yo mismo, mientras que componen el segundo Patricia Canal, María del Mar Myro y Juan Manuel Casillas. Confiamos en que el proyecto comenzará este mismo año a dar frutos concretos, con la publicación del primer volumen, correspondiente a la *Ora Maritima* de Avieno.

Los historiadores españoles han sido conscientes del envejecimiento de las *Fon-tes Hispaniae Antiquae*, obra de A. Schulten, L. Pericot, P. Bosch Gimpera, R. Grosse, y otros, y que fue publicada por la Universidad de Barcelona, entre 1922 y 1959, aunque el último volumen de la serie, el correspondiente a Plinio el Viejo y Pomponio Mela, ha salido a la luz hace apenas unos años (1987). Su principal impulsor, A. Schulten, se confesaba heredero de Karl Ritter, quien, en la primera mitad del siglo XIX, había establecido íntimas relaciones entre la Geografía y la Historia: para Ritter, el análisis regional, de cada uno de los distintos pueblos que habitan la Tierra, nos permite conocer el modo en que cada pueblo se fragua su destino¹. De esta forma, la interrelación entre pasado y presente, aunque arriesgada, es lícita, porque quien habita un mismo entorno es, sustancialmente, un mismo pueblo, aunque haya de por medio una evolución de muchos siglos. El origen étnico, particularmente el más remoto, y el entorno geográfico determinan toda la historia ulterior de la raza². Schulten llevará al extremo estos presupuestos creando una verdadera imagen mítica de España, como una entidad real y eterna. Este romanticismo difuso³ es el que está

1. Cfr. P. CLAVAL, *Geografía humana y económica contemporánea*, Madrid, 1987, pp.27-29, quien pone de relieve la influencia que Herder ejerció sobre Ritter.

2. Cfr. G. CRUZ ANDREOTTI, "Schulten y el «carácter tartesio»" *La historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua (s.XVIII-XX)*, Madrid, 1990, pp. 91-94, quien, acertadamente en mi opinión, vincula a Schulten con el *Kulturpessimismus* de raíz spengleriana del período de entreguerras. Es revelador el comentario de Ortega sobre el *Tartessos* de Schulten: "me interesa, sobre todo, como síntoma de la actual sensibilidad europea, que mientras en la superficie parece muy preocupada por la liquidación de la guerra, en su fondo secreto se dispone a aparejar hacia Atlántidas, a huir del presente y refugiarse no se sabe bien dónde -en lejanías, en profundidades, en ausencia-". *Las Atlántidas y del Imperio romano*, Madrid, 1976, p. 47 (1ª ed. 1924).

3. Schulten como romántico: M. TARRADELL, "Schulten: medio siglo de historia antigua de España" *PLAUV* 11 (1975) 381-406. Más brevemente, G. PASAMAR ALZURIA, *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, 1991, pp. 310-311, subraya la importancia del "carácter nacional" en el pensamiento de Schulten. Los análisis historiográficos centrados en el autor alemán han insistido sobre todo en la que fue su obra más difundida, su *Tartessos* (véase, G. CRUZ ANDREOTTI, "Un acercamiento historiográfico al Tartessos de Schulten", *Baetica* 10 (1987) 227-240 y M. FERNÁNDEZ-MIRANDA, "Incógnitas y controversias en la investigación sobre Tarteso" en J. ALVAR y J.M.

detrás de sus numerosísimas divagaciones sobre los rasgos perdurables del carácter de los distintos pueblos peninsulares: el bandolerismo de los lusitanos, el pacifismo y la abulia de los tartésicos (léase andaluces), la voluntad indomable de los celtíberos (léase españoles), etc.

Junto a tan tópicas y tan reiteradas consideraciones sobre la "raza", su romanticismo tuvo también consecuencias positivas en sus constantes viajes, con frecuencia a pie, que le permitieron conocer, sobre el terreno, el paisaje, casi inmutable al fin y al cabo, desde su punto de vista, que explica los hechos históricos que le preocupan. Pienso que tal vez aquí esté el origen de su obsesión por la *quellenforschung*, que él aprendió por su formación filológica, y que llevó a límites extremados en su edición del libro III de Estrabón. Para Schulten era de capital importancia distinguir los testigos oculares de la información indirecta, porque su confianza en los primeros es casi ilimitada; ni el más mínimo error admite en el Periplo marsellés transmitido por la *Ora Maritima* de Avieno. Schulten ni se planteaba la posibilidad de que su particular y encendida visión del paisaje castellano no fuera compartida por quienes habían visitado la Península unos cuantos siglos antes que él. Si alguna discrepancia observaba, la atribuía a interpolaciones en la transmisión por parte de autores que no conocían de primera mano la realidad ibérica, o bien al deseo de ocultar los secretos caminos de acceso a las fabulosas riquezas tartésicas.

Y si el paso del tiempo ha dejado sentir sus efectos en las *Fontes*, como en cualquier otra empresa científica, se impone la necesidad de actualizarla, pero empleando criterios nuevos, más acordes con las nuevas necesidades. Esto supone, en primer lugar, y ante todo, llevar a cabo una batida más amplia de las fuentes antiguas. Algo inevitable dada su fecha de redacción es que numerosos autores antiguos los pasara por alto Schulten y sus colaboradores, ya fuera debido a la enormidad de la tarea que tenían ante sí o a la ausencia de ediciones modernas y accesibles de obras particularmente marginales de la Antigüedad clásica. Incluso en aquellos autores que sí tuvieron en cuenta, han resultado ser abundantes los pasajes de interés que no se incluyeron en la redacción final. De este modo, se ha podido reunir un *corpus* de textos considerablemente más amplio, y para el cual, naturalmente, se han tenido en cuenta las mejores ediciones críticas aparecidas hasta la fecha. Aspiramos, pues, a ofrecer una recopilación exhaustiva de textos, con la correspondiente traducción castellana (la cual no siempre figura en las *Fontes* de Schulten), y una breve introducción para cada autor analizado, incidiendo en su valoración como fuente histórica para el conocimiento de la Hispania antigua. Los índices al final de cada volumen (que serán agrupados luego en un volumen específico) deberán facilitar considerablemente las búsquedas.

BLÁZQUEZ, eds., *Los enigmas de Tarteso*, Madrid, 1993, pp. 91-102). En lo que se refiere al otro centro de interés de Schulten, la conquista de Hispania por Roma y la etnografía de los pueblos peninsulares, M. GARCÍA QUINTELA ("Les peuples indigènes et la conquête romaine de l'Hispanie: essai de critique historiographique", *DHA* 16, 1990, 181-210) ha mostrado cómo su escasa preparación etnográfica no le permitió ir más allá del simple elogio del buen salvaje, representado por el indígena hispano.

Sin embargo, y como decíamos antes, la diferencia entre *Testimonia* y *Fontes* no consiste sólo (aunque también) en un querer ir más lejos, pero siguiendo la misma vía. Pretendemos igualmente modificar el enfoque. Desde el principio estuvo muy claro que en nuestros *Testimonia*, el criterio básico, que habría de dotar de coherencia y sentido a todo el conjunto, habría de ser el topográfico. Con esto no me refiero tan sólo al reparto de la materia por volúmenes, que ciertamente, emplea un criterio geográfico en algunos casos, sino a algo más radical. No se pretendía hacer una "Historia de España en sus fuentes", no se querían exponer nuevas lecturas del proceso histórico, sino aportar un instrumento para uso de historiadores. Por nuestra parte, hemos pretendido que los comentarios históricos a los pasajes insistan, fundamentalmente, en las aportaciones que la arqueología puede hacer a la información proporcionada por las fuentes literarias. Se trata sin duda de un diálogo difícil que pasa, en primera instancia, por la comprobación sobre el terreno de la información literaria. Pero más allá de esta prueba de verificación arqueológica, aspiramos a mostrar los condicionantes que conforman la imagen mental del espacio, expresada por escrito en las fuentes antiguas; porque es indudable que nuestra percepción del paisaje físico y humano de la Antigüedad puede y debe diferir sustancialmente de la percepción que de él tenían los antiguos, los habitantes de ese entorno que nosotros reconstruimos, siquiera parcialmente. En el extremo, como lo ha subrayado Pietro Janni, los antiguos se movían en un espacio "hodológico", unidimensional, frente al cartográfico, que emplea las dos dimensiones y que nosotros conocemos⁴. Para la elaboración de este "mapa mental" deberemos emplear técnicas sin duda cada vez más sofisticadas en el análisis de la documentación literaria: la filología y, en general, la lingüística, han recorrido un largo camino desde el positivismo decimonónico y sería una lástima menospreciar sus aportaciones.

Inevitablemente, cuando se trata de retomar una empresa ya realizada hace tiempo, nos preguntamos hasta qué punto tiene sentido repetir la experiencia. Es claro que, al seleccionar un conjunto de pasajes relevantes, los estamos cercenando del contexto al que pertenecen, de manera que alteramos la relación entre la parte y el todo, entre cada frase y el conjunto de la obra. Podemos fácilmente comprobar los peligros que tal procedimiento encierra, pues Schulten abusó decididamente del bisturí, desnudando algunos pasajes hasta el punto de reducirlos a dos o tres palabras inconexas, rodeadas de puntos suspensivos. Sin embargo, aunque en *Testimonia* se evitarán tales excesos, el objetivo perseguido hace inevitable la selección. Insisto una vez más en que no se pretende otra cosa que ofrecer un instrumento, un punto de partida, limitado desde luego, pero que quiere ser útil. Deberá ser el historiador quien devuelva a cada pasaje el contexto más amplio del que aparece privado en los *Testimonia*. Quienes hemos trabajado en este proyecto somos muy conscientes de las tupidas relaciones que existen siempre, no ya entre un pasaje determinado y el conjunto de la obra, sino entre el autor y el

4. P. JANNI, *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma, 1984.

mundo que le precedió y el que le rodeaba. Precisamente, el objetivo al que quiero dedicar la segunda parte de mi exposición consiste en mostrar el fruto que se puede obtener analizando las concepciones geográficas de la obra de César (en lo que se refiere a la Península Ibérica), si nos enfrentamos a ella en su totalidad, superando la práctica, tradicional entre los historiadores, de someter cada pasaje a la luz de una exégesis tan intensa que impide a menudo ver los hilos que lo unen, de manera indisoluble, con el resto de la obra.

II. CÉSAR Y LA GEOGRAFÍA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA.

Me propongo desarrollar en lo que sigue dos vías de análisis distintas, aunque claramente interconectadas, que me servirán para sustentar lo que denominaré la concepción topográfica del poder, extraordinariamente nítida en los escritos de César, aunque también podemos rastrearla en las obras de otros autores antiguos.

1. En primer lugar, son diversos los modos de análisis a través de los cuales podemos descubrir la estructura literaria de los *commentarii* cesarianos. Así, por ejemplo, resulta siempre útil e interesante detenerse en la presencia o ausencia de ciertos personajes clave en torno a los cuales se va tejiendo el relato. También cabe el análisis de los distintos tópicos que se reiteran, como el de la *hybris* que es causante de las derrotas. Finalmente, y siguiendo a Rambaud, es posible distinguir las distintas etapas de redacción del texto, con partes que serían coetáneas a los hechos narrados, y otras que habrían sido escritas con posterioridad⁵. Personajes, tópicos, fechas de composición constituyen, pues, otras tantas claves gracias a las cuales podemos desmenuzar el relato histórico. Mi propósito será utilizar ahora una aproximación distinta: utilizar la clave geográfica; porque es indudable que las referencias topográficas, las alusiones a ciertas ciudades o ríos o cadenas montañosas constituyen en César elementos compositivos de gran importancia para el desarrollo de la acción, debido en parte a la gran carga simbólica que frecuentemente encierran.

2. En segundo lugar, el relato que César escribe, y cuya composición geográfica analizaremos detalladamente, es, ante todo y sobre todo, el relato de una bri-

5. Sobre la función de la *hybris* en cuatro episodios del *Bellum Ciuile*, véase G. O. ROWE, "Dramatic Structures in Caesar's *Bellum Ciuile*" *TAPhA* 98 (1967) 399-414. La hipótesis de M. RAMBAUD sobre la composición de los *commentarii* puede verse en su libro, *L'art de la déformation historique chez les Commentaires de César*, París, 1953, pp. 49ss. Véase también R. K. SHERK, "Roman Geographical Exploration and Military Maps" *ANRW* II.1 (1974) 532-561. Pienso que la crítica formulada por J. Harmand (*L'armée et le soldat a Rome, de 107 à 50 av. n.e.*, París, 1967, pp. 142-145 y 148) es pertinente: ni César ni ningún otro general romano recurrieron nunca al papeleo hasta el punto de recibir informes periódicos y por escrito de sus subordinados o enviar regularmente al Senado información detallada sobre las actividades militares realizadas en la provincia. Esta crítica no invalida, sin embargo, el principio del que parte Rambaud, consistente en suponer que César trabajaba en la redacción final con material previo; por mi parte, pienso que debió utilizar unas notas tomadas, casi día a día, por él mismo, lo que explicaría no sólo el mismo título de *commentarii* sino, sobre todo, la precisión con la que César se expresa en múltiples detalles.

llante campaña militar. Resulta, por ello, tentador comprender de qué forma las necesidades bélicas modelaron las concepciones espaciales del general romano. Se ha dicho con fundamento que César sólo describe de un paisaje los elementos relevantes desde un punto de vista táctico, y ello en contraposición al anónimo autor del *Bellum Hispaniense* que se siente personalmente más afectado por la realidad que le circunda, incluyendo elementos superfluos como la aparición de la luna a media mañana o las referencias al sol en el *campus Mundense* (*B.Hisp.* 27 y 29). Ahora intentaremos determinar cómo es ese espacio, mentalmente configurado según las necesidades tácticas y logísticas del ejército. Y descubriremos los lazos estrechos que lo vinculan al espacio concebido desde el punto de vista de la composición literaria, de la estructura del relato.

1.- La obra que conocemos como *Bellum civile* se desarrolla como un largo itinerario seguido puntualmente por César. Sus etapas son bien conocidas, y bastará con una rápida enumeración: tomando Ravenna como punto de partida, César desciende hacia el sur (asedio de Corfinium), hasta llegar a Brundisium, aunque no puede impedir la retirada por mar de Pompeyo. Entonces, se dirige a Roma, y de allí, a la Gallia Narbonense (asedio de Massilia); cruza luego los Pirineos para enfrentarse con Afranio y Petreyo en los alrededores de Ilerda, desciende más tarde a Corduba y regresa nuevamente a Roma. Partirá de nuevo hacia Brundisium, y cruzará el Adriático; tras un intento fallido por cercar a Pompeyo junto a Dyrrachium, logrará finalmente derrotarle en Farsalia. Y la persecución posterior llevará a César hasta Alejandría, donde el relato se interrumpe bruscamente.

Subrayemos desde el principio la sobriedad y la claridad con las que César va haciendo avanzar la acción a través de los diversos escenarios. Esto no quiere decir que en el César auténtico no haya saltos en el espacio, de un teatro de operaciones a otro, que complican el seguimiento por parte del lector: los hay desde luego, y de ellos el más famoso es el relato en paralelo de los enfrentamientos junto a Ilerda, por una parte, y del asedio de Massilia, por otro. Una vez concluidos ambos episodios, cambia el escenario y se nos describe, sin interrupciones, la campaña en África de Curión, el legado de César; frente a la interrelación que hemos visto establecerse entre Massilia e Ilerda, esta campaña de Curión constituye un bloque homogéneo y separado del resto. Este tratamiento diferenciado se justifica desde el punto de vista hodológico: Massilia está en el camino hacia Ilerda mientras que Africa está separada de la Hispania cesariana por la Mauretania hostil del rey Juba. Pero se justifica mejor desde un punto de vista personal y estratégico: César, que dirige las operaciones en Ilerda, pero no la fase decisiva en el asedio de Massilia, extiende de este modo su presencia, mediante viajes literarios, sobre estas dos campañas militares; también Cicerón, teniendo en cuenta la proximidad de Massilia, subraya la influencia recíproca que pueden tener los éxitos militares en la colonia griega y en Hispania⁶; por el contrario, África, marcada por

6. "*Massiliensium factum cum ipsum per se luculentum est, tum mihi argumento est recte esse in Hispaniis. Minus enim auderent si aliter esset, et scirent; nam et uicini et diligentes sunt*" (Cic. Att.

el fracaso de Curión, cuyo ejército fue aniquilado por el enemigo, queda así separada del resto, como un caso aparte que no afectará gravemente al resultado de la contienda.

En sus grandes líneas argumentales, César resulta claro y fácil de seguir, porque adopta un único punto de vista, en lugar de cambiar con frecuencia los referentes como sí lo hacen los apócrifos del *corpus Caesarianum*, especialmente, el *bellum Hispaniense*, tan propenso a mudar el sujeto gramatical varias veces en dos o tres frases como inclinado a alterar la ubicación espacial de la acción. César, en cambio, se coloca a él mismo como punto de referencia. Y por esto mismo resulta muy clara su vinculación con una larga lista de ciudades que jalonan la progresión argumental como un verdadero rosario: Ravenna, Corfinium, Brundisium, etc. Pompeyo y sus legados, por el contrario, casi siempre están sorprendentemente fuera de los centros urbanos, lejos de ellos. Al comienzo del relato, el senado abandona Roma para pasar a reunirse fuera del *pomerium*; y lo que es peor, ambos cónsules salen de Roma y se dirigen al encuentro de Pompeyo: César subraya lo irregular y desusado de su ausencia: "los cónsules -cosa sin precedentes hasta la fecha- abandonan la Ciudad, y unos particulares tienen lictores en la Ciudad y en el Capitolio, contra todos los testimonios de la tradición" (*B.C.* 1,6,7); más adelante (cfr. 1,14), insistirá de nuevo en esta huida de los cónsules acompañados por otros magistrados. Pompeyo ha seguido en esto una política deliberada, declarando que consideraría su enemigo tanto a quien encontrara en el campamento de César como a quien permaneciera en Roma. La amenaza buscaba dejar a Roma sin senadores, lo cual, visto desde la perspectiva cesariana, constituiría un auténtico vacío de poder⁷, porque Roma sólo puede ser gobernada desde Roma: por eso, numerosos senadores se negarán a abandonar la ciudad y cada victoria pompeyana, supondrá la salida de más gente de Italia (*B.C.* 1,53,2). *Patria deserta*, se lamenta Cicerón. Al final del libro I, en su discurso ante las tropas derrotadas de Afranio, César insistirá en esta caracterización de Pompeyo como el gran ausente, que pretende dirigir la ciudad desde fuera de ella, y arreglar los asuntos de su provincia (Hispania) sin trasladarse allí (1,85,8). Esto, afirma César, es un gobierno de una nueva clase (*noui generis imperium*).

El ejemplo más evidente de esta contraposición topográfica es el de Varrón, el gobernador pompeyano de la Ulterior. Una vez conocida la rendición de Afranio y Petreyo junto a Ilerda, Varrón traza sus planes de defensa, que consisten, precisamente, en abandonar la provincia y refugiarse en la isla de Gades, con

10,12a). Cicerón no andaba del todo desencaminado: la resistencia de Massilia movió a Varrón a declarar abiertamente sus simpatías pompeyanas (2,17,14) mientras que su derrota naval atrajo al bando cesariano a varias *ciuitates* de la Hispania Citerior (1,60; cfr. *D.C.* 41,20).

7. Como se ve por Cicerón, César puso empeño en evitar que se produjera la huida de todos los senadores: "*Intellexi... ut primum de discessu nostro Caesar audisset, laborare eum coepisse ne omnes abessemus*" (*Cic. Att.* 7,17). Por otro lado, que la estrategia de Pompeyo, abandonando Italia, le pareció a Cicerón torpe además de vergonzosa se aprecia claramente por *Att.* 8,3. En sus patéticas cavilaciones posteriores acerca de qué decisión tomar, Cicerón deja muy clara la identidad entre *urbs* y *patria* (*Att.* 9,6).

naves, soldados y víveres suficientes para resistir una guerra defensiva (B.C. 2,18,6). Una estrategia típicamente pompeyana, podríamos decir, maliciosamente puesta de relieve por un César que juega con la imagen de Gades como la ciudad del extremo de la *ecúmene*; el gobernador pompeyano aspiraría pues a refugiarse, o mejor dicho, a esconderse, en el último rincón de la Tierra. Pero si bien nos informa de cuáles eran sus intenciones, César nunca nos dirá dónde se encuentra Varrón. Una referencia de pasada a las críticas que dirige "*ex tribunali*" contra César (2,18,3) puede hacernos pensar que, como sería lógico, durante la campaña de Ilerda, Varrón mantuvo su residencia en Corduba, en el núcleo urbano más importante de la provincia. Luego se le negará el acceso a ciudad alguna de la Hispania Ulterior: Corduba, Carmo, Gades, Itálica le cerrarán sus puertas. Varrón se sitúa en una especie de limbo geográfico, en tierra de nadie, hasta que César se decide, por vez primera, a colocarlo en el mapa para nosotros: vencido, acude a Corduba para rendirse al vencedor.

Si contemplamos ahora el otro bando, el cesariano, la inversión funcional de la topografía resulta innegable: si el libro I se abre con una reunión en Roma del senado propompeyano, el libro III se inicia con el normal funcionamiento de la *Urbs*: bajo la égida de César como dictador, se celebran elecciones y se aprueban leyes. Y quiero recordar que muy probablemente, la división en libros que se nos ha conservado sea errónea, de forma que, en origen, los libros I y II constituirían un único libro y lo que hoy es el libro III sería en realidad el II⁸. Si aceptamos esta redistribución, la simetría se ve considerablemente reforzada: al senado pompeyano del libro I, se contraponen la Roma cesariana del libro II. En este mismo sentido, el viaje de regreso de César a Roma al terminar su breve campaña en la ulterior, es un auténtico viaje triunfal, una secuencia ascendente de poder: primero, Corduba (donde pronuncia un discurso ante emisarios enviados por todas las ciudades), luego Gades, Tarraco (donde le aguardan embajadores de casi toda la provincia), Narbo, Massilia (donde recibe la noticia de que ha sido nombrado dictador) y finalmente, Roma. Esta posición central de Roma puede apreciarse incluso en la composición general del relato: César viaja de Roma a Hispania y, posteriormente, de Roma a Grecia, las dos mitades del mundo mediterráneo. De un modo similar tanto el *Bellum Alexandrinum* como el *Bellum Africanum* terminan con el regreso triunfante de César a la *Urbs*; no ocurre así, en cambio, en el *Hispaniense*, que nos ha llegado inconcluso. Tal y como lo subrayó oportunamente Syme, para la tradición republicana, la única historia que importa es la de una sola ciudad, Roma, no la del orbe romano y ni siquiera la de Italia; por eso, resulta sintomático que los *Annales* de Tácito se inicien, precisamente, con las palabras "*Urbem Romam*"⁹.

8. Baste recordar al respecto los comentarios de A. KLOTZ (Stuttgart, 1957, Teubner, p.VI) y P. FABRE (París, 1936, Budé, p.XVI-XVII) en sus respectivas ediciones del *Bellum Civile*.

9. R. SYME, *The Roman Revolution*, Oxford, 1939, p. 8n. 1

Con lo dicho hasta aquí, creo que podemos hablar en César de una concepción topográfica del poder; según ésta, el poder está indisolublemente vinculado al lugar, al territorio donde se ejerce y no tanto a la persona que lo ostenta. En última instancia, quiero recordar, el magistrado romano sólo es gobernador mientras permanezca en la provincia, pero no si se encuentra fuera de ella. Parece incluso que cuando hay un vacío de poder, es legítimo ocupar el lugar vacante; al menos, esto fue lo que hizo el pompeyano Atio Varo, al desembarcar en África y encontrarse con que el gobernador, igualmente pompeyano, designado para esa provincia, Tuberón, aún no había llegado a ella (*B.C.* 1,31,2: "*A. Varus... in Africam peruenerat atque eam sua sponte uacuum occupauerat*"). Nos hallamos, pienso, en el vértice de una evolución que hunde sus raíces en la propia concepción territorial de la ciudadanía; de acuerdo con la tradición, y ya fuera por propia voluntad o como consecuencia de un exilio impuesto, establecerse en tierra extranjera ("*uertere solum*" *Cic. Caec.* 34,100) suponía la pérdida de la ciudadanía, que podía recuperarse, sin embargo, al pisar de nuevo tierra romana. Posteriormente, se irán vinculando los derechos más a la persona y no tanto al suelo o al territorio donde se ejercen¹⁰: al fin y al cabo, una vez que la *Urbs* y el *Orbis* son ya uno solo y lo mismo ("*Gentibus est aliis tellus data limite certo:/ Romanae spatium est Urbis et Orbis idem*", *Ov. Fasti* 2, 688-689), no cabe escapar al poder de Roma, no es viable ya situarse fuera de ella. César emplea esta concepción territorial como arma arrojada de su propaganda, para justificarse en su condición de agresor, de invasor de las sacrosanta tierra de Italia¹¹. Pero lo que late al fondo es también una particular concepción estratégica, que insiste ante todo, en el control sobre los centros urbanos. Pompeyo, en cambio, según afirma Cicerón, era partidario de atender, sobre todo, a la flota, porque pensaba él, a lo Temístocles, que quien fuera dueño del mar, lo sería también de todas las cosas (*Cic. Att.* 10,8)¹². Únicamente en África, la situación será distinta: el pompeyano Varo controla Utica mientras Curión, el legado de César, tras intentar asediarla en vano, se retira a *castra Cornelia*, dispuesto a proseguir una estrategia marcadamente defensiva. Como es sabido, sus errores le conducirán al desastre, a la derrota y a la muerte.

2.- Así pues, esta que hemos llamado concepción topográfica del poder tiene profundas razones estratégicas. El ejército cesariano, como cualquier otro del Mundo Antiguo, necesitaba un aprovisionamiento suficiente de tres elementos que eran

10. Sobre esta progresiva territorialización, véase F. CASAVOLA, "Il concetto di «Urbs Roma: giuristi e imperatori Romani», *Labeo* 38 (1992) 20-29. C. NICOLET (*L'inventaire du monde*, Paris, 1988, p.202-213) traza las principales etapas de esta evolución por la que se llegó a aislar el territorio como territorio diferenciado, sin contaminarlo con otras realidades jurídicas o del parentesco.

11. Cfr. N. BERTI, "Il Rubicone e la guerra civile tra Cesare e Pompeo" en M. SORDI, ed. *Il confine nel mondo classico*, Milán, 1987, pp. 212-233.

12. La vertiente económica de este planteamiento estratégico se encuentra en Estrabón para quien la prosperidad de la Turdetania tiene su origen en las comunicaciones marítimas (incluida la navegación fluvial) que facilitan la exportación de los productos. Cfr. D. PLÁCIDO, "Estrabón III: el territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano", *Habis* 18-19 (1987-88) 243-256.

básicos: trigo en grano, forraje para los animales, y, por último, agua. El sistema logístico encargado de satisfacer estas necesidades es igualmente claro en la estrategia cesariana desarrollada en Hispania: el grano lo transporta el mismo ejército y lo facilitan ciudades aliadas de los alrededores, mientras que, por el contrario, el forraje y el agua se obtienen sobre el terreno, esto es, ni se almacenan ni se transportan (cfr. *B.C.* 1,48-49; 59,3; 66,1 y 73,3). La infausta expedición afraniana que, partiendo de Ilerda, pretendía llegar a Otobesa, en el Ebro, es un buen ejemplo: llevaban consigo el trigo necesario, pero para el forraje y el agua debían organizar incursiones casi cotidianamente (cfr. 1,81,5). Gracias a ello, se reducía mucho la *impedimenta*, mejorándose de un modo apreciable la velocidad de la marcha.

En cuanto al grano (trigo para los soldados y sus servidores y cebada para los animales), el aprovisionamiento desde largas distancias sólo es posible por mar, y por lo tanto, sólo puede producirse si el ejército se encuentra acampado en un lugar próximo a la costa (como Pompeyo en Dyrrachium) o cuando se trata de ciudades portuarias (como Massilia). Cierto es que César alude, durante la campaña de Ilerda, a importantes caravanas que debían acudir desde Gallia e Italia (1,48,4), pero creo que se refiere más a su valor por aportar nuevas tropas (como caballería gálica y arqueros rutenos) que a su utilidad en el aprovisionamiento, muy reducida probablemente. Más tarde, César concretará un poco más esta información, señalando que en una de estas caravanas viajaban 6.000 personas de diferente condición, incluyendo a los esclavos y a impúberes (1,51,1-2). Es desde luego, un número no despreciable, y sólo la *impedimenta* necesaria para alimentarlos durante los días que durase su viaje debió ser ya de por sí, bastante pesada. En términos generales, y aunque se trata sólo de una estimación que depende de numerosos factores variables o mal conocidos, pienso que el aprovisionamiento por tierra a una distancia superior a los 400 km. resultaba poco menos que absurdo, por su elevado coste¹³. De sobra conocida es la afirmación de A.H.M. Jones¹⁴, basada en el *edictum de pretiis*, según la cual, si un carro de trigo tenía que viajar durante 450 km., se doblaba el precio de la mercancía transportada. Es muy probable que un carro necesitara doce días para recorrer esa distancia, al cabo de los cuales, entre los dos animales y los conductores habrían consumido unos 150 del total de 450 kg. de trigo transportado¹⁵. Con frecuencia se utilizaban, en cambio, animales de carga, debido a su

13. La lógica del argumento está basada en el conocido libro de D.W. ENGELS, *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army*, Berkeley, 1978, quien fue el primero en destacar que, debido a las insuficiencias en el transporte por tierra, el ejército macedonio sólo podía transportar consigo una pequeña parte de las provisiones que necesitaba. Esta conclusión sigue siendo válida aunque buena parte de las premisas en que se sustentaba se hayan revelado incorrectas: el cálculo de 1,5 kg. diarios de grano como consumo medio, por persona, es una cifra a todas luces excesiva; además, Engels descartó injustificadamente la posibilidad de que Alejandro Magno utilizara carros además de bestias de carga. Sobre este último punto, cfr. N.G.L. HAMMOND, *Alejandro Magno. Rey, general y estadista*, Madrid, 1992 (ed. or. 1989^o), p. 62 n. 8. Para el caso concreto de Hispania el único trabajo que conozco es el de J. MUÑIZ COELLO, "El abastecimiento al ejército romano durante la campaña de Hispania", *Habis* 9 (1978) 243-254.

14. A.H.M. JONES, *The Later Roman Empire*, vol.II, Oxford, 1964, p. 841.

15. K.WHITE, *Greek and Roman Technology*, Londres, 1984, p. 131 calcula como velocidad media de un carro tirado por bueyes unos 40 km. diarios. En la p. 128 recuerda que, según el *C.Th.* 8,5,17 el

mejor adaptación a terrenos difíciles y poco transitables y a su mayor velocidad. En este caso, los animales (bueyes o mulas) consumirían unos 5 kg. de grano diariamente¹⁶, y podrían transportar, a una velocidad de 90 km. diarios, unos 125 kg. (si se trata de mulas, porque los burros soportan menores pesos). Para satisfacer las necesidades en trigo del ejército de César durante 1 día, que evaluó en algo más de 100 toneladas¹⁷, y hacerlo desde una distancia de cinco días de viaje, es decir, 450 km., serían necesarios unos 1.100 animales. Como la caravana debería ir acompañada de una mínima escolta, es verosímil que esta última cifra fuera mayor. Las limitaciones tecnológicas romanas, bien conocidas, que afectaron seriamente al comercio de mercancías por tierra, igualmente limitaron la movilidad y la autonomía de los ejércitos.

Una confirmación, tal vez, de esta hipótesis la encontramos en las *ciuitates* hispanas a las que César solicitó que le enviaran trigo (B.C. 1,60): todas se encuentran en un radio inferior a los 200 km. en torno a Ilerda, con la única excepción de Calagurris, que, sin embargo, figura en la lista no en nombre propio sino en su condición de *contributa* de Osca; por esta razón César habla de cinco *ciuitates* y no de seis.

máximo de carga permitido en los carros del servicio estatal era de 490 kg. Cfr. también G. RICKMAN, *The Corn Supply of Ancient Rome*, Oxford, 1980, p.120-121.

16. Según Polibio 6,39,13, la caballería aliada recibía, en el s.II a.C., una ración de 5 *medimnoi* de cebada al mes, lo que equivale a 6,6 kg. diarios; la romana, en cambio, recibía 7 *medimnoi*, es decir, 9,3 kg. diarios.

17. He considerado 1 kg. como la ración diaria en trigo por persona (cfr. L. FOXHALL y H.A. FORBES, "Sitometria: the Role of Grain as a Staple Food in Classical Antiquity", *Chiron* 12, 1982, 41-90 y R. DAVIES, "The Roman Military Diet", *Britannia* 2, 1971, p.122-142 = *Service in the Roman Army*, Edimburgo, 1989, p.153-174) y 6 kg. en el caso de los caballos (cfr. la nota anterior). En cuanto a los efectivos del ejército cesariano, la situación podría ser la siguiente:

- Legiones: 7 (seis en un principio, pero luego se añadiría una séptima, de acuerdo con M. RAMBAUD, "Les marches des Césariens vers l'Espagne au début de la guerre civile", en *Mélanges offerts à J.Heurgon*, Roma, 1976, p.845-61; en el mismo sentido, M. FERREIRO LÓPEZ, "Las operaciones previas a la campaña del Segre", *Habis* 18-19, 1987-88, pp. 277-297): 28.000 h.

- *Auxilia*: 6.000 h. (B.C. 1,39,2) a los que luego se añadieron unos *sagittarii ex Rutenis* (1,51,1). Total estimado: 8.000.

- Caballería: algo más de 6.000 inicialmente (1,39,2), a los que se suman los 900 jinetes que acompañaron a César (1,41,1) y unos *equites ex Gallia* (1,51,1) en número no determinado. Total estimado: 8.000.

- Personal no combatiente: aplicando las proporciones de Front. (*Strat.* 4,1,6), esto es, un servidor por jinete, y otro cada diez soldados de a pie, podemos calcular que habría unos 12.000, quizás más.

- Finalmente, he supuesto unas 430 bestias de carga por legión para transportar las tiendas y el resto de la *impedimenta* (cfr. HARMAND, *op. cit.*, p. 156), con lo que el número para todo el ejército asciende a unas 3.000, sumadas las de las siete legiones.

Así, pues, las necesidades diarias en trigo podemos calcularlas, si reunimos todas las valoraciones propuestas, de la siguiente manera (en toneladas):

$$1 \times (28 + 8 + 8 + 12) + (6 \times 8) + (4 \times 3) = 116.$$

Por tanto: 116.000 kg. divididos entre 100 (125 kg. menos 5 kg. multiplicados por 5 días) da un total de 1.160 bestias de carga.

La logística viene, por lo tanto, a encontrarse con las fuentes literarias: César, por ejemplo, en un párrafo muy significativo, enumera sus principales fuentes de abastecimiento cuando la crecida de los ríos Sicoris y Cinga le ha dejado aislado del mundo: no puede, pues, recibir trigo ni tampoco carne de las ciudades aliadas con él; los forrajeadores que recorren los alrededores y las caravanas procedentes de la Galia y de Italia encuentran el camino cortado (B.C. 1,48). Excluida la salida al mar, el general romano se enfrentaba a una doble e imperiosa necesidad: la de contar con una amplia extensión de terreno en donde proceder al forrajeo, por un lado, y por otro, la de asegurarse el apoyo de las ciudades vecinas, que pueden aportar el trigo que el ejército requiere. La importancia de esta cuestión puede verse por la decisión de Afranio de abandonar Ilerda (B.C. 1,61), pese a haber almacenado en esta ciudad una cantidad de trigo indeterminada, pero importante (cfr. 1,78,2); aun contando con ese almacenamiento previo, Afranio teme quedarse sin el grano y el forraje que necesita, pues César amenaza con cortar sus vías de comunicación y es claro que Afranio sigue dependiendo, en buena medida, del exterior. Elige, pues, trasladarse a la Celtiberia para proseguir una guerra claramente defensiva, contando con hallar allí una acogida favorable. R. Syme considera que los generales romanos se introducían sin temor alguno en territorios desconocidos, sin usar mapas, y con plena confianza, asumiendo todos los riesgos. Desde luego, parece claro que a menudo no conocían de antemano la configuración del terreno que tenían delante, pero necesitaban saber, al menos, qué distancia separaba al ejército de su centro de aprovisionamiento más inmediato, dada la lentitud con que se movían y la escasa autonomía de que gozaban; por ello, precisando más, podríamos hablar, no ya simplemente de una concepción topográfica, sino de una concepción topológica del espacio, en la cual, los núcleos urbanos forman los verdaderos nudos de la red¹⁸.

En este punto, el factor psicológico es fundamental: las ciudades aportan trigo porque compran de este modo su propia seguridad, librándose del saqueo. Esto no era ningún secreto: en Grecia, Gonfos fue tomada al asalto y saqueada por las tropas, mientras que Metrópolis, que se entregó sin resistencia, fue respetada, y César confiaba en que este doble ejemplo sirviera para que otras ciudades se le rindieran sin más preámbulos (B.C. 3,81,2). Por otro lado, el aprovisionamiento por las ciudades del entorno genera una lectura ambivalente del pueblo indígena, que puede aparecer bajo una luz favorable, porque su cooperación es esencial, o desfavorable en tanto que bárbaro: en dos párrafos contiguos, César habla primero de los *principes Hispaniae* (1,74,5) y luego de los *barbari equites* (1,75,2). Puesto que las *ciuitates* del entorno inmediato debían aportar buena parte de sus cosechas y de su ganado para alimentar al ejército, es comprensible que urgieran en favor de una rápida batalla, que pusiera fin al conflicto. Las guerras de desgaste alargaban, en cambio, la

18. Cfr. R. SYME. «Military Geography at Rome», *Classical Antiquity* 7 (1988) 227-251. Con razón M. RAMBAUD señala que con frecuencia la dirección del camino emprendido se indica sólo mediante la ciudad que se encuentra al final del mismo: «L'espace dans le récit Césarien», *Mélanges offerts à R. Dion. Caesarodunum* 9 bis (1974) 111-129.

duración del esfuerzo. Por ello, en repetidas ocasiones, los generales se acusan mutuamente de no atreverse a formar las tropas en el llano (*aequo loco*), de rehuir el combate, prolongando así el estado de guerra (cfr. por ejemplo, *B.Hisp.* 26).

En síntesis: los ejércitos necesitan controlar y ocupar un amplio espacio de tierra donde abastecerse. No en vano, Pompeyo decidió cercar en Dyrrachium una superficie relativamente amplia de terreno donde poder forrajear sin ser molestado. Q. Casio Longino, por su parte, cuando estaba siendo cercado en Ulia por Marcelo, lanzó fuera su caballería antes de que se hubiera concluido el cerco para evitarse así los graves problemas que hubiera tenido para alimentar a los caballos en una ciudad sitiada (*B. Alex.* 61). Sabido es que César siempre establece su campamento lo más cerca posible del enemigo, con la finalidad de estorbarle los movimientos. Requisito táctico esencial para tal fin es el de contar con una clara superioridad en caballería, que podemos comprobar claramente en la campaña de Ilerda, donde la cesariana, más numerosa y mejor adiestrada, se reveló muy superior a la de Afranio¹⁹. Cuando no se disponía de ventaja ecuestre, aún podía contarse con una buena defensa de la posición si ésta (ya fuese *oppidum* o campamento) se rodeaba de un cinturón de pequeñas fortificaciones en lugares elevados, que garantizaran el control del territorio.

De este modo, hemos llegado a lo que podríamos llamar el espacio-tobogán; porque las principales coordenadas del espacio militar no son horizontales sino verticales. Es la altura el centro de sus preocupaciones: la llanura se contrapone, por principio, a cualquier tipo de elevación, por pequeña que ésta sea. La razón es simple, porque cuando una colina había sido previamente fortificada, incluso un número reducido de hombres podía mantener a raya a tropas muy superiores en número. Cuando Curión, en África, comenta la posición ventajosa de Castra Cornelia para llevar adelante una guerra defensiva, menciona cinco elementos básicos: la posición favorable del campamento, bien fortificado, la proximidad del mar, la abundancia de agua y de sal (gracias a unas salinas próximas), la abundancia también de madera y, por último, la fertilidad de los campos, que abundaban en trigo (2,37,5-6). Este pasaje sirve, desde mi punto de vista, como ayuda para interpretar el conocido *excursus* geográfico del *Hispaniense* (cap. 8), donde el anónimo autor explica que en la Hispania ulterior los asedios son difíciles, porque la tierra es fértil y el agua abundante. G. Pascucci considera que esta referencia a la fertilidad del suelo constituye una alusión indirecta a la escasez de madera, que era vital en los asedios²⁰. Es una sugerencia verosímil aunque tal vez sea

19. Frente a los 8.000 jinetes cesarianos, Afranio sólo podía alinear a 5.000 jinetes hispanos (*B.C.* 1,39,1). Además, parte de la caballería de César estaba formada por veteranos de anteriores campañas (HARMAND, *op.cit.* p. 47, considera esto una innovación, que marca el inicio de la caballería profesional, pues hasta entonces los efectivos reclutados eran invariablemente licenciados al concluir la campaña). Son numerosas las referencias en que César subraya la inferioridad de los jinetes africanos (*B.C.* 1,59,2; 1,61,2; 1,79,5).

20. Además del lugar pertinente en su edición comentada del *Bellum Hispaniense* (Florenca, 1965), véase, del mismo autor, «Paralipomeni della esegesi e della critica al *Bellum Hispaniense*», *ANRW* I.3 (1973) 596-630 y «Interpretazione di due excursus dell' *Hispaniense*», *Mata* 15 (1963) 326-341.

preferible aceptar la frase en su significado estricto, sin pensar en alusiones implícitas. Ciertamente, la fertilidad de los campos puede prolongar un asedio si cada *oppidum* cuenta con sistema de torres fortificadas que le impiden al agresor ocupar por completo el territorio circundante. Gracias a la arqueología, hoy sabemos que el sistema *oppidum*-torres es tradicional entre los pueblos iberos de la zona y que su origen puede estar tanto en los conflictos internos como en las agresiones externas²¹. El *Hispaniense* nos informa, además, de que, al menos en la zona que se extiende al suroeste de Córdoba, el sistema seguía vigente en la época de las guerras civiles, debido a las frecuentes excursiones de unos imprecisos *barbari* que, desde Schulten al menos, se viene identificando con los *Lusitani*²².

Hablábamos antes de la visión topográfica del poder que tenía César, en virtud de la cual, la huida de Pompeyo de Italia o de Varrón de la Bética justificaban, ante el vacío de poder, los éxitos de César y a la vez los explicaban, dada la importancia estratégica de la ciudad en el mundo romano. Un correlato estrecho de esta concepción lo constituyen los efectivos de las tropas. Tanto César como los apócrifos insisten en que las tropas pompeyanas las integran grupos que están fuera del mundo romano, particularmente esclavos²³, pero también *Lusitani*. Estos últimos, no sometidos aún del todo, como lo demuestran las victorias de César como gobernador de la ulterior, en el 61²⁴, o más tarde, la campaña de Longino contra los *Medobrigenses* (*B. Alex.* 48), proporcionan la imagen perfecta del bárbaro, particularmente en el *Bellum Hispaniense*: son ellos quienes ocupan Hispalis tras el desastre de Munda y están a punto de arrasar la ciudad en su desesperación, son ellos quienes protegen a Pompeyo en su huida, y quienes engañan y dan muerte a Didio, legado de César (*B. Hisp.* 35-40)²⁵. El punto culminante llegará en el discurso final de César quien, torcidamente, interpreta las acciones de Pompeyo en clave que diríamos sertoriana: según él, "Cn. Pompeyo, tras haber dado muerte a numerosos ciudadanos romanos, reclutó tropas auxiliares contra el pueblo roma-

21. Cfr. A. RUIZ y M. MOLINOS, *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona, 1993, pp. 140-144.

22. A. SCHULTEN, *Fontes Hispaniae Antiquae*, vol. V, Barcelona, 1940, p. 129. Cfr. también C. GONZÁLEZ ROMÁN y M. A. MARINA DÍAZ, «El *Bellum Hispaniense* y la romanización del sur de la Península», en *HA* 11-12 (1981-85) 17-35.

23. *B. Hisp.* 34 (*oppidanorum serui* en Corduba, manumitidos por Sexto Pompeyo). Sobre este tema véase J. MANGAS, «Servidumbre comunitaria en la Bética prerromana», *MHA* 1 (1977) y F. MARCO, «Esclavitud y servidumbre en la conquista de Hispania», *HA* 9-10 (1979-80) 169-189. Cfr. *B. Hisp.* 7 donde se afirma que varias legiones pompeyanas estaban compuestas por *fugitiui* y *auxilia*. El reclutamiento irregular de las tropas de Sexto Pompeyo lo confirma App. *Ciu.* 2, 103. Por ello, a menudo se les denigra calificándoles no como *milites* sino como *latrones* cuya fidelidad compra el jefe mediante *largitio* (cfr. M. McDONNELL, «Borrowing to Bribe Soldiers: Caesar's *De Bello Ciuili* 1.39», *Hermes* 118, 1990, p. 56-66).

24. D.C. 37,53; Plut. *Caes.* 12; Liu. *Per.* 103.

25. Podría hacerse una referencia también a *Cato Lusitanus*, uno de los legados de Ategua que van a parlamentar con César (*B. Hisp.* 17) aunque A.G. WAY (Londres, 1955, Loeb, p. 401-402) es partidario de corregir la lectura de los manuscritos (*Catone Lusitano*) en *Catone et Antonio*. Vid. C. GONZÁLEZ ROMÁN, «La onomástica del *corpus* cesariano y la sociedad de la Hispania meridional», *Studia Historica* 4-5 (1986-87) 65-77.

no" (*B. Hisp.* 42): de este modo, ya no se trata de una guerra civil, sino de una sublevación indígena provocada por un traidor a Roma, desprovisto de *imperium* y por tanto, de legitimidad para comandar tropas. Del mismo modo, al principio de la campaña, cuando Ulia le había solicitado ayuda contra Cn. Pompeyo, decidió otorgársela porque, según afirma, esa ciudad había sido siempre fiel al *populus Romanus* (*B. Hisp.* 3)²⁶

Esta división implícita entre los ciudadanos romanos de las provincias y los no ciudadanos aparece con frecuencia y con mucha intensidad, como resaltando las divergencias profundas entre ambos grupos. Así, César dirigirá su edicto a los *principes*, por una parte, y a los *magistratus* de la Hispania ulterior, por otra (2,19,1). En esta misma línea, cuando por unos breves instantes, ambos ejércitos confraternizan y los soldados de un campamento visitan el del enemigo, los ciudadanos buscan a algún conocido o a alguien de su mismo municipio. Los *principes* hispanos buscan asimismo a algún conocido, pero también a alguna persona con la que les unan lazos de hospitalidad (1,74,1 y 5). Finalmente, en otra ocasión, César hablará de los *instituta* del *ius gentium* y de los *instituta* de los *ciues Romani* (*B. Hisp.* 42). *Magistratus* frente a *princeps*, *municipium* frente a *hospitium*, *ius gentium* frente al *ius ciuile*: son todos ellos elementos de una lista simétrica que podría aumentarse más aún. En el plano militar, por ejemplo, ya hemos mencionado la contraposición entre la táctica indígena, más móvil, y la romana, basada en el avance inexorable, sin posibilidad de retroceso, de la infantería legionaria.

Simetría, pues, que no esconde, sin embargo, las diferencias, tan significativas que a menudo, probablemente, se reflejaban en la propia configuración urbanística. Sabemos que en Corduba, los ciudadanos romanos residían en el *uicus forensis*, esto es, en los alrededores del foro, como un barrio diferente al *uicus hispanus*, donde habitaban los hispanos no ciudadanos²⁷. Quizás en Hispalis la situación fuera semejante: cuando la *legio uernacula*, formada por ciudadanos romanos²⁸, decide abandonar el campamento de Varrón, pasa a instalarse en el foro y en los pórticos de Hispalis y los ciudadanos romanos de aquél *conuentus*, nos dice César (2,20,5), los recibieron como huéspedes en sus casas. Cabe inferir de aquí que, como en Corduba, sus casas se encontraran, tal vez, en las inmediaciones del foro.

26. Mi confianza es menor que la de A.J.L. VAN HOOFF («The Caesar of the *Bellum Hispaniense*», *Mnemosyne* 27 (1974) 123-138 en cuanto a que el *B. Hisp.* nos haya conservado una imagen auténtica del carácter, las ideas e incluso el lenguaje de César. Sin embargo, creo que en este punto de conversión de una guerra civil en una sublevación de esclavos e indígenas mal sometidos el *hispaniense* sí refleja propaganda cesariana, algo que no es de extrañar dada la exaltación partidaria que le caracteriza.

27. Cfr. R.C. KNAPP, *Roman Corduba*, Berkeley, 1983, p. 13. Sobre Corduba como *colonia Latina* en época de César, cfr. pp. 10-11.

28. Cfr. J.M. ROLDÁN, «El elemento indígena en las guerras civiles en Hispania: aspectos sociales», *HA* 2 (1972) 77-123.